

bres, palabras del cielo y de la tierra, dice S. Pablo, si no tengo caridad, me semejo al metal que retiene, á la campana que suena; y aun cuando tuviera yo el don de profecía, el conocimiento de los misterios más altos y la ciencia de todas las cosas; aun cuando tuviera yo tal fe, que hiciera trasportar montañas; si no tengo caridad, nada soy: aun cuando invirtiera yo todos mis bienes en alivio y socorro de los pobres, entregára mi cuerpo á ser quemado; si no tengo caridad, de nada me sirven estos sacrificios.»

¿Quién podrá desconocer, amados hermanos míos, el espíritu de la Religion, despues de expresiones tan claras y enérgicas? Más, para quedar aun más convencidos de que no respira sino amor y caridad, repasemos muy sumariamente las últimas palabras, y, por decirlo así, el testamento de su Fundador divino.

En la última cena que Jesucristo celebró con sus Apóstoles, y que fué el más hermoso y sublime triunfo de su caridad para con nosotros, al punto mismo de dejar, de separarse de aquellos á quienes habia amado hasta el mayor extremo á que pueda llegar el amor de un Dios, dándoles, por decirlo así, su despedida, y comunicándoles los últimos secretos de su amor, se dirige á su Padre, y le pide.....

¿Qué pensais, hermanos míos, qué pensais va á pedirle? — ¿Qué crezca y persevere en su reino la abundancia de la paz? — No, esto no basta... ¿Qué será, pues? ¿qué estemos unidos como lo están entre sí los Serafines en la celestial Jerusalem? — No; aun esto es poco. ¿Qué irá, pues, á pedir? — ¡Ah! preste atentamente oídos el que los tenga, y aplique su atención el que sea capaz de comprender! *Oro, Pater, ut unum sint, sicut et nos unum sumus*: os suplico rendidamente, oh Padre mio, que mis discípulos, que mis creyentes, que todos los hombres á quienes vengo á rescatar con mi sangre, estén unidos entre sí, y que sean todos *uno*, como yo soy *uno con vos*!

¡Oh union sublime! ¡oh caridad inefable de la ley cristiana! ¿Quién será capaz de decirnos ahora toda la perfeccion; todos los felices resultados que estás llamada á producir? Pues, que eres tú, Caridad divina, la que forma la sociedad eterna del Padre con el Hijo, y que de las tres Personas divinas no haces sino un solo Dios, ¡qué paz, qué union, qué orden, qué armonía no harías tú reinar en nosotros, si descendieras de tu mansion augusta; si nos hicieras ver un solo instante tu hermosura encantadora!

Queda, pues, demostrado, por los principios mismos de la Religion, que el Catolicismo tiende á formar una sociedad perfecta, y

que es, de derecho, el bienhechor de la humanidad en general. Pasemos ya á probar esta misma verdad por los hechos.

2. Hermanos míos, ¡cuán propicia se nos muestra la historia para evidenciarnos esta verdad! Hechos incontestables, tradiciones no interrumpidas, monumentos indelebles, todo, todo ha sido conservado por la mano providencial del Omnipotente para demostrarnos, que en todo tiempo y lugar, en toda edad y pueblo, el Catolicismo ha sido el constante bienhechor de la sociedad. Y si no temiera yo abusar de vuestra piadosa indulgencia, ¡qué cuadros tan magníficos no pudiera presentaros de prodigios de beneficencia obrados por la Religion en provecho de los hombres!

Abramos y registremos los anales de nuestra santa fe. Y ¿qué vemos desde la primera página? Una religion que toma nacimiento, ó más bien, una nueva forma de su desarrollo en Jesús, nacido en Belen: y nace ella en medio de milagros, pero milagros que son otros tantos beneficios, precursores de otros mayores, que no cesarán jamás. — Jesucristo, su Autor divino, trae consigo ese siglo de oro cantado por los poetas; esa paz profunda y universal, que celebran los ángeles en sus conciertos: *el in terra pax hominibus*; paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Muy pronto va obrando nuevos prodigios; no ya señales en el cielo, como pedian los Judíos, sino milagros de bondad, más bien que de poder: da vista á los ciegos, oído á los sordos, facultad de andar á los cojos y tullidos, salud y robustez á los enfermos. A su voz, salen del sepulcro los muertos y abren de nuevo sus ojos á la luz; entre sus manos bienhechoras, unos cuantos panes se multiplican sobreabundantemente á las necesidades de un pueblo inmenso que le sigue: imágen sentimental de esa misma bondad, que da todos los años á la simiente esa grande fecundidad que admiramos.

Adelantemos un paso más en la historia; y ¿qué vemos?

Sale del Calvario la Religion, llevando consigo la cruz del Salvador: rodeada de Apóstoles, marcha animosa é intrépida, nada ménos que á la conquista del mundo: adelántase en su camino, derramando en torno suyo inefables beneficios, y va pasando por todas partes haciendo bien.

Muchedumbre de pueblos le va saliendo al encuentro, los enfermos se agrupan en su derredor, y su sombra sola da salud á los enfermos: con lo que se comprueba que, desde su aparicion en el mundo, la Religion se ha dado á conocer por los efectos de su inmensa caridad.

Mucho cuesta á mi corazon el no poder pintaros nuestra Religion



santa atravesando las edades siguientes, sembrando en todos los corazones la dicha y la esperanza, derramando en el seno de la sociedad mil y mil beneficios inestimables; sosteniendo con su mano poderosa el viejo imperio romano, cuyas plantas flaquean; destruyendo esa infame idolatría, que cual plaga hedionda había invadido á todo el género humano. ¡Beneficio inmenso, triunfo glorioso del Catolicismo!

Esta misma Religion divina derroca, por do quiera, los dioses impuros y crueles del paganismo; desmorona esos altares, de donde manaba á torrentes sangre humana; destruye ese culto envilecedor, bajo cuya influencia la razon del hombre se había convertido en madriguera de errores, y su corazon en un foco encendido por todas las pasiones inmundas.

Representaos, amados hermanos míos, al género humano de entonces como un gran cuerpo enfermo: su cabeza desfalleciente y perturbada por los vapores de la mentira; su corazon, un volcan apagado, que devasta cuanto está á su alcance, y todo su interior una llaga asquerosa y dolorida. Ved al enfermo: ¿y quién le curará?— ¿La filosofía?— ¿El Areópago?

¡Cómo! ¿la filosofía? Pues ¡si es cómplice y aun instigadora de tantas maldades!— ¿El Areópago? Pero ¿en dónde está el principio de sus doctrinas, pues, que ni aun conoce quién es Dios? ¡*Ignoto Deo!* hé aquí su lema. ¡Ah! ¡Vergüenza eterna á la política, á la filosofía, á la sabiduría de los prudentes del siglo! La sabiduría del hombre ha sido convencida de impotencia y de necedad: y la demencia de la cruz va á triunfar por sí sola.

Apóstoles del Hombre-Dios, levantad los ojos y mirad: ved esas inmensas playas calamitosas; ved tantos y tantos pueblos sepultados entre sombras de muerte, en cuyo seno fermenta fría calentura del sepulcro: Id; id y enseñad: id á volverlos á la vida; vosotros sois la sal conservadora, la sal preservadora de la corrupcion; vosotros sois la luz del mundo: id á hacer que brille sobre ellos.

Y estos humildes discípulos de un hombre crucificado, parten, y van á evangelizar por todas partes, y por todas partes se desmorona el viejo edificio del paganismo á su presencia, á los golpes del martillo de su predicacion y de sus virtudes. Cae, se desploma, por fin, del todo este edificio de errores, del cual no habían podido arrancar ni una sola piedra la sucesion de tantos sábios, durante miles de años: cae, cae en un momento, como los muros de Jericó al son del clarín evangélico. Y el universo se salva, y la cruz se muestra brillante en la cima del Capitolio, y todo lo atrae á sí.

¡Nuevo triunfo, nuevo beneficio de la Religion! Más tarde, cuando enjambres de bárbaros salidos del Norte vinieron á extenderse por toda la superficie de la Europa, y vinieron á caer sobre nuestras provincias como un torrente devastador, cual una lluvia de fuego que todo lo abrasa y consume, como espantosa tromba que abrumba los pueblos; la Religion fué quien detuvo y sorprendió desde luego tan terribles destrozos. El furor de Alarico y de sus soldados espira á las puertas de nuestras iglesias, á donde todo el mundo va á buscar asilo. Atila, el azote de Dios, ante quien marchaba el terror y el espanto; Genserico, no ménos terrible, se detienen sobrecogidos ante el gran papa san Leon: y si es cierto, que los bárbaros se hacen dueños del imperio, la Religion se hace señora de ellos.

Háblales ésta de los castigos de la otra vida, de los derechos de la humanidad ultrajada, de los encantos de la virtud: con la augusta pompa de sus ceremonias hiere vivamente sus imaginaciones salvajes, y consigue tocar sus corazones: con reiterados milagros logró convertirlos, y con su doctrina los civilizó y suavizó poco á poco, y los cuenta despues entre sus hijos, que se admira de ver cambiados en corderos á estos lobos.

¡Nuevo triunfo, nuevo beneficio de nuestra santa Religion! Ella salvó al género humano de otro azote no ménos terrible que la barbarie, de esa espesa ignorancia, ó mejor, de esa noche tenebrosa, de esa caverna profunda en que se había sepultado el espíritu humano, durante los siglos ix, x y xi. La Religion conservó entonces en sus monasterios el precioso depósito de las ciencias, de que tanto nos gloriamos hoy; y volvió á traer al mundo la luz de la inteligencia, que habíamos perdido.

¡Nuevo triunfo, nuevo beneficio del catolicismo! La abolicion de la esclavitud. ¡Ah! pueblos infortunados, se os amarraba con cadenas, se os vendía, se traficaba con vosotros como vil mesnada: amos, lo más de ordinario duros y crueles, tenían sobre vosotros derecho de vida y muerte.

Benedicid una y mil veces al Catolicismo, á quien debeis vuestra libertad.

Y, en efecto; la Religion hizo decretar la primera ley para la manumision de los esclavos; vendió hasta sus propios vasos sagrados para rescatarlos; y proclamó, la primera, en el mundo, la libertad, la fraternidad, la igualdad de todos ante Dios; ella fué quien rompió ese yugo cruel, bajo el que gemia más de la mitad del género humano.

Hemos visto, pues, que la Religion del cristianismo ha librado al



mundo de la *idolatría* pagana, de la barbarie del Norte, de la *ignorancia* de la edad media, y de la *esclavitud*, tan inveterada en la sociedad: es decir, que nos ha libertado en los tres mayores azotes que puedan afligir al linaje humano.

Aun hay más; pero como tenemos que estrecharnos tanto, solo notaremos algunos hechos de más trascendencia. — Seguid, seguid á esta divina Viajera universal, á esta Religion santa; seguidla en su marcha al través de los siglos, y observad cuántos beneficios va sembrando por todo á su paso: seguidla en esas cruzadas lejanas, á donde va á oponerse á una nueva avenida é irrupcion de bárbaros, de esos terribles musulmanes, los más crueles enemigos de la civilizacion.

Seguidla en el descubrimiento del Nuevo Mundo: ¡ con qué celo va arrancando de mano de los vencedores, crueles por necesidad, la espada de sangre! con qué amor y compasion dulcifica la suerte de los vencidos! y cómo derrama el bálsamo precioso y vital de la caridad para todas sus llagas!

Seguidla, seguidla en sus misiones evangélicas, en las islas, en pais salvajes y desconocidos, á donde va á recordar al hombre su dignidad, la razon, la civilizacion, la salvacion eterna, y la felicidad verdadera: ¡ cómo hace penetrar estas verdades en pueblos degradados y salvajes!

Pero ¿qué necesidad tenemos de ir tan léjos? Echad una mirada en torno de nuestras mismas moradas, y considerad esas innumerables instituciones y establecimientos fundados para bien de la humanidad. — Hospitales, hospicios, enfermerías, en que el enfermo y desgraciado recibe todo socorro de cuerpo y alma; esas casas de asilo y caridad, en donde centenares de miles de niños y niñas encuentran un albergue; esas casas de refugio, donde, ó la inocencia, ó la penitencia, encuentran asilo; esas escuelas, colegios, universidades, seminarios, en donde la juventud se inicia en la ciencia y en la virtud bajo la égida de la Religion. Considerad, además, esos coros an-gélicos de vírgenes y de matronas cristianas, que se consagran al servicio del prójimo en todas sus necesidades corporales y espirituales.

Ved á esas heroínas cristianas correr con tierna solicitud por todas partes, bajar á los aposentos bajos, subir á los desvanes en busca del desvalido y del menesteroso, para sacarlo de entre los horrores del hambre y de la desesperacion, y depositar en sus corazones un rayo de esperanza y amor.

¿Y á quién son debidos tantos y tantos establecimientos de bene-

ficencia? ¿Y á quién esas trazas sublimes para descubrir las miserias ocultas, esa prevision para prevenirlas? ¿A quién si no á la sabiduria y caridad cristiana? ¿A quién debemos la conservacion de las sanas doctrinas en el seno de un siglo corrompido y perverso? ¿No es evidentemente al Catolicismo?

Religion sagrada; tú eres digna de todo nuestro reconocimiento y homenajes, pues que tú eres la que alivias sin cesar la humanidad paciente, la que sostienes el edificio social en la pendiente de su ruina, la que fortaleces nuestros pasos en esta tierra siempre movediza, siempre resbaladiza! Pues que tú eres para el hombre en particular el tesoro más precioso, el mayor beneficio del cielo, el origen y principio de su felicidad aquí abajo, sé una y mil veces bendita para siempre jamás.

Te juramos, oh Religion divina, eterno amor y agradecimiento; nosotros te adoraremos y veneraremos en todos tiempos, en todos lugares: te respetaremos en la persona de tus ministros, en tus templos, en tus sacrificios: abrazaremos con gozo tus preceptos, y practicaremos fielmente tus dos leyes de subordinacion y amor.

Religion santa; mis más queridas delicias; si te llegare á olvidar nunca, olvídeme yo antes de mi mismo! ¡Quédese antes yerta mi diestra é inmóvil á mi costado! ¡Quédese pegada mi lengua á mi paladar si jamás pudiera quitarte de mi pensamiento! Religion, sé nuestro amor, sé nuestra guia tutelar durante la vida; sé el consuelo nuestro en la muerte, y nuestro gozo inefable en la eternidad. Amen.



## CAUDAL Ó CAPITAL.

(MEDIOS Y OBLIGACION DE ADQUIRIRLO.)

DISCURSO DIRIGIDO PRINCIPALMENTE Á LA JUVENTUD.

*Facite vobis thesaurum.*  
Haced un tesoro.

(Luc. xii, 33.)

Hoy, hermanos míos, me he propuesto explicar un gran principio de vida; pues el primer destino del hombre es vivir. Asunto es éste que interesa á todos; pero que se refiere especialmente á los jóvenes, á quienes me dirijo hoy en particular. Acaso os parecerá esto una tarea por demás sencilla, para lo cual os basta seguir haciendo lo propio que hasta ahora. Pues, qué; ¿creéis, tal vez, que la vida, no considerándola exclusivamente con respecto á este mundo, sino tomándola en su acepción más lata y general, se reduce á levantarse por la mañana, disponer el trabajo que ha de hacerse durante el día, comer y descansar, y alternar las ocupaciones graves con las distracciones? ¿creéis, que estamos destinados á un fin tan pobre como éste? La vida es una difícil tarea que se nos ha impuesto; difícil, digo, y os convencerá la experiencia propia, la experiencia de los que han empezado á conocer en su juventud la necesidad de crearse una posición, más ó menos humilde, y de constituirse en una ú otra de las clases de la sociedad. Ved aquí porque en nuestro siglo, que descuellan por la actividad con que se afanan todos en adquirir capitales y recursos propios, conviene que la juventud, destinada á reemplazarnos, sepa acomodar su actividad á los preceptos de la doctrina cristiana y de la Sagrada Escritura, en la cual nos previene Jesucristo, que procuremos adquirir un tesoro: *Facite vobis thesaurum.*

La palabra *tesoro* debemos considerarla como una imagen, que representa varios conceptos: lo que el Evangelio llama un *tesoro*,

palabra que se usa con bastante frecuencia en la Sagrada Escritura, y particularmente en el nuevo testamento, traducido á nuestra moderna habla, significa lo que entendemos por caudal. Así cuando Jesucristo nos dice: *Facite vobis thesaurum*, quiere decir: procurad reunir un caudal. Un tesoro es una colección de preciosidades, que se han recogido cuidadosamente; pero el caudal significa otra idea más concreta, sin que por esto deje de ser profunda. La palabra caudal es sinónima de otra, la de *capital*, formada de la voz latina *caput*, que significa cabeza: así, pues, el capital ha de ser un principio de vida, principio que lo dirige todo, lo combina todo, lo arregla todo, y hace que todo desaparezca, cuando desaparece este principio. Vamos, pues, á examinar á la luz de la doctrina del Evangelio la gran ley del capital, que es la ley de la vida, ley que se limita á este único artículo: *Facite vobis thesaurum.*

Pero, veamos, ante todo, que debe entenderse por la palabra caudal. El caudal es una parte de la vida, ajena á nuestra naturaleza; pero que se transforma, dejando que la sometamos, en cierto modo, á identificarse con nosotros mismos. El caudal es un principio de vida, ajeno á nuestra naturaleza, si bien lo sometemos á nosotros mismos, lo convertimos en propio y personal; de suerte, que las palabras de Jesucristo: *Facite vobis thesaurum*, debemos entenderlas en este sentido: Tomad todo lo posible de la vida exterior, para agregarlo á la interior. Ved aquí precisamente, lo que en mayor ó menor grado haceis todos los días, sin apercibiros de ello, según os permiten respectivamente vuestra posición y vuestra capacidad. Esta tarea, de la cual depende nuestra existencia, será precisamente el objeto de este discurso, en el cual voy á demostraros, que el caudal es el principio que lo regula todo; y, al propio tiempo, pondré á vuestro alcance esta verdad, explicando los medios de adquirir, de colocar y de conservar este caudal.

Dispensadme, hermanos, que haya dado semejante interpretación á las palabras de Jesucristo, quien se sirvió de la frase *Facite vobis thesaurum*, para explicarnos la conducta que debemos observar en este punto. Las vicisitudes de los tiempos y el carácter de las variables circunstancias de las sociedades humanas exigen, que se dé á las ideas una forma acomodada á la comprensión vulgar y aplicable á nuestras costumbres, para dirigir las por el buen camino. Ved aquí, pues, el objeto que me he propuesto explicaros, si me favorecen los auxilios de la divina gracia. Implorémoslos por la intercesión de la Virgen. A. M.